

preguntóme cómo estaba , y díjeme luego : señor licenciado , ¿ qué de cosas tengo que contarle ! Solo me pesa que me he de ir esta noche . Eso me pesa á mí , y si no fuera tarde , é ir con priesa á comer , me detuviera porque me aguarda una hermana casada , y su marido . ¿ Qué aquí está mi señora Ana ? Aunque lo deje todo , vamos allá , que quiero hacer lo que estoy obligado . Abrí los ojos en oyendo que no habia comido : fuíme con él y empecéle á contar que una mugercilla que él habia querido mucho en Alcalá sabia yo donde estaba , y que le podia dar entrada en su casa . Pegósele luego al alma el envite , que fue industria tratarle de cosas de gusto . Llegamos tratando en ello á su casa : entramos ; yo me ofrecí mucho á su cuñado y hermana , y ellos no persuadiéndose á otra cosa sino á que yo venia con cuidado por venir á tal hora , comenzaron á decir que si supieran que habian de tener tan buen huésped , que hubieran prevenido algo . Yo cojí la ocasion , y convidéme , diciendo que era de casa , y amigo viejo , y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento . Sentáronse y sentéme ; y

porque el otro lo llevase mejor, que ni me habia convidado, ni le pasaba por la imaginacion, de rato en rato le pegaba con la mozueta, diciendo que me habia preguntado por él, y que le tenia en el alma, y otras mentiras de este modo; con lo cual llevaba mejor el verme engullir; porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un coletto. Vino la olla y comímela en dos bocados casi toda, sin malicia; pero con priesa tan fiera que parecia que aun entre los dientes no la tenia bien segura. ¡Dios es mi padre, que no come un cuerpo mas presto el monton de la Antigua de Valladolid, que le deshace en veinte y cuatro horas, que yo despaché el ordinario! pues fue con mas priesa que un extraordinario correo. Ellos bien debian notar los fieros tragos del caldo, y el modo de agotar la escudilla, la persecucion de los huesos, y el destrozo de la carne: y si vá á decir la verdad, entre vuelta y juego, empedré la faltriguera de mendrugos. Levantóse la mesa, apartámonos yo y el licenciado á hablar de la ida en casa de la dicha, la cual le facilité mucho; y estando hablando con él

á una ventana , hice que me llamaban de la calle , y dije : ¿á mí , señor ? ya bajo . Pedí licencia diciendo que luego volveria : quedóme aguardando hasta hoy , que me desaparecí por lo del pan comido , y la compañía deshecha . Topóme otras muchas veces y disculpéme con él , contándole mil embustes , que no importan para el caso . Fuíme por las calles de Dios ; llegué á la puerta de Guadalupe , y sentéme en un banco de los que tienen á sus puertas los mercaderes . Quiso Dios que llegaron á la tienda dos de las que piden prestado sobre sus caras , tapadas de medio ojo , con su viejo y pagecillo . Preguntaron si habia algun terciopelo de labor extraordinaria ; yo empecé luego , para trabar conversacion , á jugar del vocablo , del terciopelo y pelado , y pelo , y apelo , y por pelí , y no dejé hueso sano á la razon . Sentí que les habia dado mi libertad algun seguro de algo de la tienda ; y como quien aventuraba á no perder nada ofreciles lo que quisiesen . Regatearon diciendo que no tomaban de quien no conocian . Yo me aproveché de la ocasion , diciendo que habia sido atrevimiento ofrecer-

les nada; pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habian traido de



Milan, que á la noche llevaria un page, que les dije que era mio, por estar enfrente aguardando á su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado. Y para que me tuviesen por hombre de partes y conoci-



do, no hacia sino quitar el sombrero á todos los oidores y caballeros que pasaban, y sin conocer á ninguno les hacia cortesía, como si los tratára familiarmente. Ellas juzgaron con esto, y con un escudo de oro que yo saqué de los que traía, con achaque de dar limosna á un pobre que me la pidió, que yo era un gran caballero. Parecióles irse por ser ya tarde, y asi me pidieron licencia advirtiéndome con el secreto que habia de ir el page. Yo las pedí por favor, y como en gracia un rosario engarzado en oro, que llevaba la mas bonita de ellas, en prendas de que las habia de ver á otro dia sin falta. Regatearon dármele: yo les ofrecí en prendas los cien escudos, y dijéronme su casa; y con intento de estafarme mas, se fiaron de mí, y preguntaronme la posada, diciéndome que no podia entrar page en la suya á todas horas, por ser gente principal. Yo las llevé por la calle Mayor, y al entrar en la de las Carretas escogí la casa que mejor y mas grande me pareció, que tenia un coche sin caballos á la puerta. Díjeles que aquella era la mia, y que allí estaba el coche y dueño para servir las. Nombréme Don



Alvaro de Córdoba, y entréme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdome que cuando salimos de la tienda llamé uno de los pages con grande autoridad con la mano, é hice que le decia que se quedasen todos, y que me aguardasen allí; y es la verdad que le pregunté si era criado del Comendador mi tio. Dijo que no; y con tanto acomodé los criados agenos como buen caballero. Llegó la noche oscura y acojimonos á casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para que acompañase á un difunto, y se vino con ella. Llamábase este Magazo, que era natural de Olías: habia sido capitan en una comedia, y se habia combatido con moros en una danza. Cuando hablaba con los de Flandes, decia que habia estado en la China, y á los de China en Flandes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él: nombraba castillos, y apenas los habia visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del Señor Don Juan, y oíle decir muchas veces de Luis Quijada, que habia sido del honrado amigo. Nombraba turcos, galeones y capitanes, to-

dos los que habia leido en unas coplas que andaban de esto: y como él no sabia nada de mar, porque no tenia nada de naval mas



que comer nabos, dijo contando la batalla, que habia tenido el Sr. D. Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fue un moro mu y bravo. Como no sabia el pobrete que era nombre del

mar, pasábamos con él lindos ratos. Entró luego mi compañero, deshechas las narices, y toda la cabeza entrapajada, y lleno de sangre, y muy sucio. Preguntámosle la causa; y dijo que habia ido á la sopa de San Gerónimo, y que pidió porcion doblada, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Quitáronsele á los otros mendigos para dársela, y ellos con el enojo siguiéronle, y vieron que en un rincon detrás de la puerta estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar por engullir, y quitar á otros para sí, se levantaron voces, y trás ellas palos, y trás los palos chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Envistiéronle con los jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de madera, que se la dió á oler con mas prisa que convenia. Quitáronle la espada; á las voces salió el portero, y aun no los podia meter en paz. En fin, se vió en tanto peligro el pobre hermano, que decia: yo volveré lo que he comido; y aun no bastaba, porque ya no reparaban sino en que pedia para otros, y no se preciaba de sopon. ¡Miren el todo trapos,

como muñeca de niños, mas triste que pastelería en cuaresma, con mas agujeros que una flauta, mas remiendos que una pía, mas manchas que un jaspe, y mas puntos que un libro de música! decia un estudianton de estos de la capacha gorronado, ¡que hay hombre en la sopa del bendito santo, que puede ser obispo ú otra cualquier dignidad, y es graduado de bachiller en artes por Sigüenza, y se afrenta un don peluche de comer! Metióse el portero de por medio, viendo que un vejuelo que alli estaba, decia que aunque acudia al bodrio era descendiente del Gran Capitán, y que tenia deudos. Aqui lo dejó, porque el compañero estaba ya fuera desapren-
sando los huesos.



CAPITULO XVI.

En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel.



ENTRÓ Merlo Diaz, hecha la pretina una sarta de búcaros y vidrios; los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, habia agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja D. Lorenzo

del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena; la cual habia trocado en una

mesa de trucos con la suya, que no le cubria el pelo al que la llevó, por ser desbarbada. Usaba este quitarse la capa, como que queria jugar, y ponerla con las otras: y luego como que no hacia partido, iba por su capa y tomaba la que mejor le parecia, y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos. Mas todo fue nada al ver entrar á D. Cosme cercado de muchachos con lamparones, cáncer y lepra, heridos y mancos, el cual se habia hecho ensalmador con unas santiguaderas y oraciones, que habia aprendido de una vieja. Ganaba este por todos; porque si el que venia á curarse no traia bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en la faltriquera, ó no piaban algunos capones, no habia lugar. Tenia asolado medio reino; hacia ercer cuanto queria, porque no ha nacido tal artífice en el mentir: tanto que aun por descuido no decia verdad. Hablaba del niño Jesus: entraba en las casas con *Deo gracias*; y decia lo del Espíritu Santo sea con todos: traia todo el ajuar de hipócrita, un rosario con unas cuentas frisonas. Al descuido hacia que se le viese por debajo de la capa un trozo de dis-



MIRANDA

CASTELA

rojía mucha limosna; y entrábase en las ca-
sas que veía abiertas; y si no había fastidios
ni estorbo, robaba cuanto topaba; si les ha-

301
mesa de tronos con la suya, que no le cubria
el pelo al que le llevo, por ser desahogada.



de el guar de hipocrita, un ruarrio con unas
negras frimoras. Al detenido fuera que se le
viese por debajo de la copa un trazo de sus

ciplina salpicada con sangre de narices : hacia creer, concomiéndose, que los piojos eran silicios, y que la hambre canina era ayuno voluntario. Contaba tentaciones : en nombrando al demonio, decia : ¡ Dios nos libre y nos guarde! Besaba la tierra al entrar en la Iglesia : llamábase indigno : no levantaba los ojos á las mugeres, pero las faldas sí. Con estas cosas traia al pueblo tal, que se encomendaban á él, y era propiamente como encomendarse al diablo; porque á mas de ser jugador, era cierto: así se llama el que por mal nombre se dice fullero. Juraba el nombre de Dios, unas veces en vano, y otras en vacío : pues en lo que toca á mugeres, tenia sus hijos, y preñadas dos santeras. Al fin, de los mandamientos de Dios, los que no quebraba, hennidia. Vino Folanco haciendo gran ruido, y pidió saco pardo, cruz grande, barba larga postiza y campanilla. Andaba de noche de esta suerte diciendo: *Acordaos de la muerte, y haced bien por las ánimas, etc.* Con esto cojia mucha limosna, y entrábase en las casas que veia abiertas; y si no habia testigos, ni estorbo, robaba cuanto topaba: si los ha-

llaba, tocaba la campanilla, y decia con una voz que él fingia muy penitente: *Acordaos, hermanos, etc.* Todas estas trazas de hurtar y



modos extraordinarios conocí por espacio de un mes que viví con ellos. Volvamos ahora á que les enseñé el rosario, y conté el cuento. Celebraron mucho la traza, y recibióle la vieja

por su cuenta y razon para venderle ; la cual se iba por las casas , diciendo que era de una doncella pobre, y que se deshacia de él para comer, y ya tenia para cada cosa su embuste y su trapaza. Lloraba la vieja á cada paso: en-



clavijaba las manos y suspiraba de lo amargo: llamaba hijos á todos: traia encima de muy buena camisa, jubon, ropa, saya y manteo, un saco de sayal roto, de un amigo

ermitaño que tenia en las cuestras de Alcalá. Esta gobernaba el hato, aconsejaba y encubria. Quiso, pues, el diablo, que nunca está ocioso en cosas tocantes á sus siervos, que yendo á vender no sé qué ropa, y otras cosillas á una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya: trajo un alguacil y agarráronme á la vieja, que se llamaba la madre Lebrusca, y confesó luego todo el caso, y dijo cómo viviamos, y que éramos todos caballeros de rapiña. Dejóla el alguacil en la cárcel, y vino á casa, y halló en ella á todos mis compañeros y á mí con ellos. Traia media docena de corchetes, verdugos de á pie, y dió con todo el colegio buscon en la cárcel, adonde se vió en gran peligro la caballería.



glavijaba las manos y suspiraba de lo amar-
go: llamaba hijos á todos: traia encima de
muy buena camisa y buena ropa, saya y
mantón, un saco de sayal rojo, de un amigo

CAPITULO XVII.

En que se describe la cárcel, y lo que sucedió en ella, hasta salir la vieja azotada, los compañeros á la vergüenza y yo en fiado.



cada uno en entrando nos echaron dos pares de grillos, y sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me ví ir allá, aprovechéme del dinero que traia conmigo, y sacando

un doblon dije al carcelero: señor, oígame vuestra merced en secreto; y para que lo hiciese, díle un escudo como cara, y en viéndolo me apartó. Suplécole á vuestra merced, le dije, que se duela de un hombre de bien. Busquéle las manos, y como sus palmas esta-

ban hechas á llevar semejantes dátiles , cerró con los dichos veinte y cuatro , diciendo : yo averiguaré la enfermedad , y si no es urgente , bajará al cepo. Yo conocí la deshecha , y respondile humilde. Dejóme fuera , y á los amigos descolgáronlos abajo. Dejo de contar la risa tan grande que en la cárcel y por las calles habia con nosotros; porque como nos traian atados y á empellones, unos sin capas, y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos píos remendados, y otros aloques de tinto y blanco. A aquel , por asirle de alguna parte segura, por estar todo tan manido, le agarraba el corchete de las puras carnes, y aun no hallaba de que asir, segun las tenia roídas la hambre. Otros iban dejando á los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y gregüescos. Al quitar la soga , en que venian ensartados, se salian pegados los andrajos. Al fin, yo fui, llegada la noche, á dormir á la sala de los linages. Diéronme mi camilla: era de ver dormir algunos envainados, sin quitarse nada de lo que traian de dia: otros desnudarse de un golpe todo cuanto traian encima: cuales jugaban, y al fin cerrados se mató la

luz. Olvidamos todos los grillos: estaba el servicio á mi cabecera, y á la media noche no hacian sino venir presos, y soltar presos. Yo que oí el ruido, al principio, pensando que eran truenos empecé á santiguarme y á llamar á Santa Bárbara; mas viendo que olian mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olian tanto, que por fuerza tenia las narices en la cama: unos traian cámaras y otros aposentos. Al fin, yo me ví forzado á decirles que mudasen á otra parte el vidriado: y sobre si viene muy ancho ó no, tuvimos palabras. Usé el oficio de Adelantado, que es mejor serlo de un cachete, que de Castilla, y metile á uno media pretina en la cara. Él por levantarse apriesa derramóle, y al ruido despertó el concurso. Asábamonos allí á pretinazos á oscuras, y era tanto el olor, que hubieron de levantarse todos. Con esto se alzaron grandes gritos, y el alcaide sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo armado con toda su cuadrilla. Abrió la sala, entró luz, é informóse del caso. Condenáronme todos, y yo me disculpaba con decir, que en toda la noche no me habian dejado cerrar los ojos á puro abrir los

suyos. El carcelero, pareciéndole que por no dejarme zambullir en el horado le daría otro doblon, asió del caso y mandóme bajar allá. Determinéme á consentir antes que á pellizcar el talego mas de lo que estaba. Fui llevado abajo, donde me recibieron con mucha albórbola y placer los camaradas y amigos. Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor, y salímonos del calabozo. Vímonos las caras, y lo primero que nos fue notificado, fue dar para la limpieza, y no de la Virgen sin mancilla, só pena de culebrazo fino. Yo di luego seis reales: mis compañeros no tenían que dar, y así quedaron remitidos para la noche. Había en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohino de cara, cargado de espaldas, y de azotes en ellas: traía mas hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el Jayan: decia que estaba preso por cosas de aire, y así sospeché yo que era por algunos fuelles, chirimías ó abanillos. Y á los que le preguntaban que si era por algo de esto, respondia que no, sino por pecados de atrás: yo pensé que por cosas viejas queria decir; y

al fin averigüé que por puto. Cuando el alcaide le reñía por alguna travesura, le llamaba botiller de verdugo, y depositario general



CASTELLANO.

de culpas. Otras veces le amenazaba diciendo: ¿qué te arriesgas, pobrete, con el que te ha de hacer humo? Dios es Dios: que te

vendimie de camino. Habia confesado esto, y era tan maldito, que traíamos todos con carlancas las traseras como mastines, y no habia quien osase ventosear de miedo de acordarle donde tenia las asentaderas. Este hacia amistad con otro, que llamaban Robledo, y por otro nombre el Trepado. Decia que estaba preso por liberalidades; y apurado, era de manos, en pescar lo que topaba. Habia sido mas azotado que caballo de postillon, porque todos los verdugos habian probado la mano en él. La cara tenia con tantas cuchilladas, que á descubrirse puntos, no se la ganára un flux. Tenia nones las orejas, y pegadas las narices, aunque no tan bien como la cuchillada que se las partió. A estos se llegaban otros cuatro hombres rapantes como leones de armas, todos agrillados, y condenados al hermano de Rómulo. Decian ellos, que presto podrían decir que habian servido á su Rey por mar y por tierra. ¡No se podia creer la notable alegría con que aguardaban su despacho! Todos mohinos de ver que mis compañeros no contribuian, ordenaron á la noche de darles culebrazo bravo con una soga dedicada al efec-

to. Vino la noche, fuimos ahuchados á la postrera faltriguera de la casa, mataron la luz y yo metíme luego debajo de la tarima. Empezaron á silvar dos de ellos, y otro á dar sogazos. Los buenos caballeros, que vieron el negocio de revuelta, se apretaron de manera las carnes ayunas, cebadas, comidas y almorzadas de sarna y piojos, que cupieron todos en un resquicio de la tarima. Estaban como liendres en cabellos, ó chinches en cama: sonaban los golpes en la tabla y callaban los dichos. Los bellacos, viendo que no se quejaban, dejaron el dar azotes y empezaron á tirar ladrillos, piedras y cascote, que tenían recogido. Allí fue ella, que uno le halló el cogote á D. Toribio, y le levantó una pantorrilla en él de dos dedos. Comenzó á dar voces, que le mataban. Los bellacos, porque no se oyesen sus ahullidos, cantaban todos juntos y hacian ruido con las prisiones. Él, por esconderse, asió de los otros para meterse debajo. Allí fue el ver como con la fuerza que hacian les sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro. Acabaron su vida las ropillas: no quedaba andrajo en pie: me-

nudeaban tanto las piedras y cascotes, que dentro de poco tiempo tenia el dicho D. Toribio mas golpes en la cabeza que una ropilla abierta; y no hallandó ningun remedio contra el granizo que sobre él llovía, viéndose cerca de morir mártir, sin tener cosa de santidad, ni de bondad, dijo que le dejasen salir, que él pagaria luego y daria sus vestidos en prendas. Consintieronlo, y á pesar de los otros que se defendian con él, descalabrado, y como pudo se levantó y pasó á mi lado. Los otros, por presto que acordaron á prometer lo mismo, ya tenian las chollas con mas tejas que pelos. Ofrecieron, para pagar la patente, sus vestidos, haciendo cuenta que era mejor estarse en la cama por desnudos, que por heridos; y asi aquella noche los dejaron estar, y á la mañana les pidieron que se desnudasen. Desnudáronse, y se halló que de todos sus vestidos juntos no se podia hacer una mecha á un candil. Quedáronse en la cama, digo envueltos en una manta; la cual era la que llamaban ruana, que es donde se espulgan todos. Empezaron luego á sentir su abrigo, porque habia piojó con hambre canina;

y otro, que con un bocado de uno de ellos quebraba ayuno de ocho dias. Habíalos frisonos, y otros que se podian echar á la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados de ellos: quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose á puras uñadas. Yo me salí del calabozo, diciendo que me perdonasen, sino les hacia mucha compañía, porque me importaba el no hacerse. Torné á repararle las manos al carcelero con tres de á ocho; y sabiendo quien era el escribano de la causa, enviéle á llamar con un picarillo. Vino, metíle en un aposento, y empecéle á decir, despues de haber tratado de la causa, como yo tenia no sé qué dinero: supliquéle que me lo guardase, y en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un hidalgo desgraciado, que por engaño habia incurrido en tal delito. Crea vuestra merced, me dijo, despues de haber pescado la mosca, que en nosotros está todo el juego; y que si uno dá en no ser hombre de bien, puede hacer mucho mal. Mas tengo yo en galeras de valde por mi gusto, que hay letras en el proceso: fiese de mí, y crea que

le sacaré á paz y á salvo. Fuése con esto, y volvióse desde la puerta á pedirme algo para el buen Diego García el alguacil, que importaba acallarle con mordaza de plata; y apun-



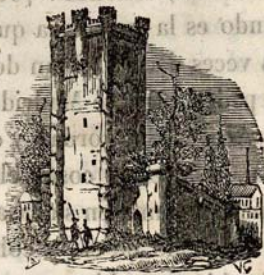
tóme no sé qué del relator, para ayuda de comerse cláusulas enteras. Dijo: un relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender al alcalde divertido, que las mas veces lo estan, y hacer una accion, destruye un cristiano. Dime

por entendido, y añadí otros cincuenta reales, y en pago me dijo que enderezase el cuello de la capa, y dos remedios para el catarro que tenía de la frialdad de la cárcel; y últimamente me dijo: ahorre de pesadumbre, que con ocho reales que le dé al alcaide, le aliviará, que esta es gente que no hace virtud sino por el interés. Cayóme en gracia la advertencia. Al fin él se fue, yo dí al carcelero un escudo, quitóme los grillos y dejábase entrar en su casa. Tenía una ballena por muger, y dos hijas del diablo, feas y necias, y de la vida, á pesar de sus caras. Sucedió que el carcelero, que se llamaba tal Blandones de San Pablo, y la muger Doña Ana Moraez, vino á comer, estando yo allí, muy enojado y bufando: no quiso comer. La muger, recelando alguna gran pesadumbre, se llegó á él, y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dijo: ¿qué ha de ser, si el bellaco ladrón de Almendros el aposentador, me ha dicho, teniendo palabras con él sobre el arrendamiento, que vos no sois limpia? ¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco? dijo ella. ¡Por el siglo de mi abuelo,

que no sois hombre, pues no le pelasteis las barbas! ¿llamo yo á sus criados que me limpien? Y volviéndose á mí, dijo: vale Dios que no me podrá decir judía como él, que de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedís de hebreo. ¡A fé, señor D. Pablo, que si le oyera, que yo le acordára que tiene las espaldas en el aspa de San Andrés! Entonces muy afligido el alcaide, replicó: ¡ay muger! que callé, porque dijo que en esa teniades vos dos ó tres madejas: que lo sucio no os lo dijo por lo puerco, sino por el no comerlo. ¿Luego judía dijo que era? ¿Y con esa paciencia lo decís, buenos tiempos? ¿Así sentís la honra de Doña Ana Moraez, hija de Estefanía Rubio y Juan de Madrid, como sabe Dios y todo el mundo? ¿Cómo hija, dije yo, de Juan de Madrid? De Juan de Madrid, respondió ella, el de Auñon. ¡Voto á San, repliqué yo, que el bellaco que tal dijo es un judío, puto y cornudo! Y volviéndome á ellas, dije: Juan de Madrid, mi señor, que esté en el cielo, fue primo hermano de mi padre, y daré yo probanza de quién es, y cómo, y esto me toca á mí; y si salgo de la cárcel, yo le ha-

ré desdecirse cien veces al bellaco : ejecutoria tengo en el pueblo tocante á entrambos con letras de oro. Alegráronse mucho todos con el nuevo pariente , y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria , y ni yo la tenia , ni sabia quiénes eran. Comenzó el marido á quererse informar del parentesco por menudo , y porque no me cojiese en mentira , hice que me salia de enfado , votando y jurando. Tuvieronme , diciendo : que no se tratase ni pensase mas en ello. Yo de rato en rato salia muy al descuidado , diciendo : ¡ Juan de Madrid ! Burlando es la probanza que yo tengo suya. Otras veces decia : ¿ Juan de Madrid el mayor ? Su padre Juan de Madrid fue casado con Ana de Acevedo la gorda ; y callaba otro poco. Al fin , con estas cosas el alcaide me daba de comer , y cama en su casa ; y el buen escribano , solicitado de él , y cohechado con el dinero , lo hizo tan bien , que sacaron la vieja delante de todos en un palafren pardo á la brida , con un músico de culpas delante. Era el pregon este : á esta muger por ladrona. Llevábale el compás en las costillas el verdugo , segun lo que le habian recitado los se-

ñores de los ropones. Seguian luego todos mis compañeros en los oberos de echar agua, sin sombreros, y las caras descubiertas. Sacábanlos á la vergüenza, y cada uno de puro roto llevaba la suya de fuera. Desterráronlos por seis años: yo salí en fiado por virtud del escribano: y el relator no se descuidó, porque mudó tono, habló quedo, brincó razones, y mascó cláusulas enteras.







CAPITULO XVIII.

De como tomé posada, y la desgracia que en ella me sucedió.



SALÍ de la cárcel; halléme solo y sin amigos; y aunque me avisaron que iban camino de Sevilla á costa de la caridad, no los quise seguir. Determinéme de ir á una posada, donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, á veces entremetida y á veces entresacada y salida. Ceceaba un poco, tenia miedo á los ratones, preciá-

base de manos, y por enseñarlas, siempre despavilaba las velas, y partia la comida en la mesa: en la iglesia siempre tenia puestas las manos: por las calles iba enseñando que



casa era de uno, y cual de otro: en el estrado de continuo tenia un alfiler que prender en el tocado, si se jugaba á algun juego, era siempre al de pizpirigaña, por ser cosa de

mostrar manos: hacia que bostezaba adrede, sin tener gana por mostrar los dientes y hacer cruces en la boca. Al fin, toda la casa la tenia tan manoseada, que enfadaba ya á sus mismos padres. Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenian trato de alquilarla, con muy buena ropa, á tres moradores. Fui el uno yo, los otros un portugués, y un catalan. Hiciéronme muy buena acogida. A mí no me pareció mal la moza para el deleite; y lo otro, la comodidad de hallármela en casa. Di en poner en ella los ojos; contábales cuentos que yo tenia estudiados para entretener: traía-les nuevas, aunque nunca las hubiese: serviales en todo lo que era de valde. Díjeles que sabia encantamientos, que era nigromántico, que haria que pareciese que se hundia la casa y que se abrasaba; y otras cosas que ellas, como buenas creederas, tragaron. Gran-geé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada; que como no estaba tan bien vestido como era razon, aunque ya me habia algo mejorado de ropa por medio del alcaide, á quien visitaba siempre, conservando la sangre á pura carne y pan que le comia, no ha-

cian de mí el caso que era justo. Dí para acreditarme de rico, que lo disimulaba, en enviar á mi casa amigos á buscarme cuando no estaba en ella. Entró uno primero preguntando por el señor D. Ramiro de Guzman, que así dije que era mi nombre, porque los amigos me habian dicho que no era de costa el mudarse los nombres, antes muy útil. Al fin preguntó por D. Ramiro, un hombre de negocios rico, que hizo ahora dos asientos con el Rey. Desconociéronme en esto las huéspedes, y respondieron que allí no vivia sino un D. Ramiro de Guzman, mas roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara, y pobre. Ese es, replicó, el que yo digo, y no quisiera mas renta al servicio de Dios que la que tiene de mas de dos mil ducados. Contóles otros embustes: quedáronse espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida que traía á cobrar en mí de nueve mil escudos: dijoles que me la diesen para que la aceptase, y fuese. Creyeron la riqueza la niña y la madre, y acotáronme luego para marido. Vine yo con gran disimulacion, y en entrando me dieron la cédula, diciendo: dineros y amor mal se encu-

bren, señor D. Ramiro: ¿cómo es que nos esconda vuestra merced quién es debiéndonos tanta voluntad? Yo hice como que me habia



disgustado por el dejar de la cédula, y fuime á mi aposento. Era de ver, como en creyendo que tenia dinero, me decian que todo me

estaba bien. Celebraban mis palabras : no habia tal donaire como el mio. Yo , que las ví tan cebadas , declaré mi voluntad á la mucha-



cha , y ella me oyó contentísima , diciéndome mil lisonjas. Apartámonos , y una noche para confirmarlas mas en mi riqueza , cerréme en mi aposento , que estaba dividido del suyo con un tabique muy delgado ; y sacando cincuenta escudos , los conté tantas veces , que oye-

ron contar seis mil escudos. Fue esto, de verme con tanto dinero, para ellas todo lo que podia desear, porque se desvelaban por regalarme y servirme. El portugués se llamaba ó senhor Vasco de Meneses, caballero de la cartilla, digo de Cristus. Traia su capa de luto, botas, cuello pequeño, y mostachos grandes. Ardia por Doña Berenguela de Robledo, que asi se llamaba la moza: enamorábala sentándose á conversacion, y suspirando mas que beata en sermon de cuaresma. Cantaba mal, y siempre andaba apuntando con el catalan; el cual era la criatura mas triste y miserable que Dios crió. Comia á tercianas, de tres á tres dias, y el pan tan duro, que apenas le podria morder un maldiciente. Pretendia por lo bravo, y si no era poner huevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente. Como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El portugués decia que era un piojoso, pícaro, desarrapado; y el catalan me trataba de cobarde y vil. Yo lo sabia todo, y á veces lo oia; pero no me hallaba con ánimo para responder. Al fin la moza me habla-

ba y recibia mis billetes. Comenzaba por lo ordinario: este atrevimiento, la mucha hermosura de vuestra merced, decia lo de me abraso: trataba de penar: ofrecíame por esclavo y firmaba el corazon con la saeta. Al fin llegamos á los tues; y yo, para alimentar mas el crédito de mi calidad, salíme de casa, alquilé una mula, y arrebozado, y mudando la voz, vine á la posada, y pregunté por mí mismo, diciendo: si vivia alli su merced el señor D. Ramiro de Guzman, señor de Valcerrado y Vellorete. Aquí vive, respondió la niña, un caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo; y por las señas dije yo que era él, y la supliqué que le dijese, que Diego de Solorzano, su mayordomo, que fue de las depositarias, pasaba á las cobranzas, y le habia venido á besar las manos. Con esto me fui, y volví á casa de allí á un rato. Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué les tenia escondido el ser señor de Valcerrado y Vellorete; y diéronme el recado. Con esto la muchacha se remató, codiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese á hablar á la una de la noche por un corredor,

que caia á un tejado , donde estaba la ventana de su aposento. El diablo , que es agudo en todo , ordenó que venida la noche , y yo deseoso de gozar de la ocasion , me subiese al corredor ; y por pasar desde él al tejado , que habia de ser , vánseme los pies , y doy en el de un vecino , escribano , tan desatinado golpe , que quebré todas las tejas , y quedaron estampadas en mis costillas. Al ruido despertó la media casa , y pensando que eran ladrones , que son antojadizos de ellos los de este oficio , subieron al tejado. Yo , que ví esto , quise-me esconder detrás de una chimenea , y fue aumentar la sospecha , porque el escribano , dos criados y un hermano me molieron á palos , y me ataron á vista de mi dama , sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reia mucho , porque como yo la habia dicho que sabia hacer burlas y encantamientos , pensó que habia caido por gracia y nigromancia ; y no hacia sino decirme que subiese , que bastaba ya. Con esto y con los palos y puñadas que me dieron daba ahullidos ; y era lo bueno , que ella pensaba que todo era artificio , y no acababa de reir. Comenzó luego á ha-

cer la causa; y porque me sonaron unas llaves en la faltriquera, dijo, y escribió que eran ganzúas, aunque las vió, sin haber remedio de que no lo fuesen. Díjeme que era D. Ramiro de Guzman, y rióse mucho. Yo, triste, que me habia visto moler á palos, delante de mi dama, y me ví llevar preso sin razon, y con mal nombre, no sabia qué hacerme. Híncabame delante del escribano de rodillas, y rogábaselo por amor de Dios, y ni por esas, ni por esotras bastaba con el escribano á que me dejase. Todo esto pasaba en el tejado; que los tales aun de tejas arriba levantan falsos testimonios. Dieron orden de bajarme, y lo hicieron por una ventana, que caia á una pieza que servia de cocina.



CAPITULO XIX.

En que se prosigue lo mismo, con otros varios sucesos



o cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fue dar en el tejado, sino en las fieras y crueles manos del escribano, y cuando me acordaba de lo de las gonzúas, que decia haberme hallado en la faltriquera, y las hojas que habia escrito en la causa, eché de ver que no hay cosa que tanto crezca, como culpa en poder de escribano. Pasé la noche en revolver trazas: unas veces me determinaba á rogárselo

por Jesucristo , y considerando lo que él pasó con ellos vivo , no me atrevia. Mil veces me quise desatar , pero sentíame luego , y levantábase á visitarme los nudos , que mas velaba él en cómo forjaría el embuste , que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer , y vistióse á tal hora , que en toda su casa no habia otros levantados sino él y los testimonios. Agarró la correa y volvióme á repasar muy bien las costillas , reprendiéndome el mal vicio de hurtar como quien tan bien lo sabia. En esto estábamos , él dándome , y yo casi determinado de darle á él dineros , que es la sangre con que se labra la dureza de semejantes diamantes , cuando incitados y forzados de los amorosos ruegos de mi querida , que me habia visto caer y apalear , desengañada de que no era encanto , sino desdicha , entraron el portugués y el catalan , y en viendo el escribano que me hablaban , desenvainando la pluma , los quiso espetar al punto por cómplices en el proceso. El portugués no lo pudo sufrir , y tratóle algo mal de palabras , diciéndole que él era caballero fidalgo de casa del Rey , y que yo era un home muyto fidalgo ,

y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme á desatar y al punto el escribano cla-



mó con algazara: resistencia, y dos criados suyos, entre corchetes y ganapanes, pisaron las capas y deshiciéronse los cuellos, como suelen hacer para representar las puñadas que

no ha habido; y pedían favor al Rey. Los dos al fin me desataron, y viendo el escribano, que no había quien le ayudase, dijo: ¡ voto á tal que esto no se puede hacer conmigo, y que á no ser vuestras mercedes quien son les podría costar caro! Manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interés. Yo ví luego la letra; saqué ocho reales, y díselos: y aun estuve por volverle los palos que me había dado; pero por no confesar que los había recibido, lo dejé, y me fui con ellos dándoles las gracias de mi libertad y rescate, con la cara rozada de puros mojicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos. Reíase el catalan mucho, y decía á la niña que se casase conmigo, para volver el refran al revés, que no fuese trás cornudo apaleado, sino trás apaleado cornudo. Tratábame de resuelto y sacudido por los palos. Traíame afrentado con estos equívocos. Si entraba á visitarlos, trataban luego de varear, otras veces de leña y madera. Yo, que me ví corrido y afrentado, y que ya me iban dando en la flor de lo rico, comencé á tratar de salirme de casa, y para no pagar comida, cama

ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con dos amigos suyos, que me viniesen una noche á prender. Llegaron la señalada, y requirieron



á la huéspeda, que venian de parte del Santo Oficio, y que convenia el secreto. Temblaron todos por lo que yo me habia hecho nigromántico con ellas. Al sacarme á mi callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron

embargo por la deuda, y respondieron que eran bienes de la Inquisicion. Con esto no chistó alma terrena. Dejéronles salir, y quedaron diciendo, que siempre lo temieron. Contaban al catalan y al portugués lo de aquellos que me venian á buscar, y que eran demonios, y que yo tenia familiar; y cuando les contaba del dinero, que yo habia contado, decian que parecia dinero, pero que no lo era de ninguna suerte. Persuadiéronse á ello: yo saqué mi ropa y comida horra. Dí traza con los que me ayudaron, de mudar de hábito y ponerme calza de obra, vestido al uso, cuellos grandes, y un lacayo, ó en menudo dos lacayuelos, que entonces era uso. Animáronme á ello poniéndome por delante el provecho, que se me seguiria de casarme con ostentacion, á título de rico, que era cosa que sucedia muchas veces en la corte; y aun añadieron que ellos me encaminarian á parte conveniente, y que me estuviese bien, y con algun arcaduz por donde se siguiese. Yo, negro, codicioso de pescar muger, determinéme. Visité no sé cuantas almonedas, y compré mi aderezo de casar: supe donde se alquilaban

caballos, y espetéme en uno el primer dia, y no hallé lacayo. Salíme á la calle Mayor, púseme en frente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno. Llegáronse dos caballeros, cada cual en su caballo: preguntáronme si concertaba uno de plata, que tenia en las manos. Yo solté la presa, y con mil cortesías los detuve un rato. En fin, dijeron que se querian ir al Prado á bureo; y yo, que si no lo tenian á enfado, los acompañaría. Dejé dicho al mercader, que si venian allí mis pages, y un lacayo, que los encaminase al Prado: dí señas de la librea, metíme entre los dos y caminamos. Yo iba considerando que á nadie que nos veia era posible el determinar á juzgar cuyos eran los pages y lacayos, ni cual era el que no los llevaba. Empecé á hablar muy recio de las cañas de Talavera, y de un caballo, que tenia, porcelana. Encarecíles mucho el Roldanesco, que esperaba que me habian de traer de Córdoba. En topando algun page, caballo, ó lacayo les hacia parar, y les preguntaba cuyo era, y tambien decia de las señas, y si le querian vender. Haciale dar dos vueltas en la calle; y

aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno, y decia lo que habia de hacer para remediarla. Quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto, y porque los otros iban embelesados, y á mi parecer diciendo ¿quién será este tagarote escuderon? y porque el uno llevaba un hábito en los pechos, y el otro una cadena de diamantes, que era hábito, y encomienda todo junto, dije yo, que andaba en busca de buenos caballos para mí, y otro primo mio, que entrábamos en unas fiestas. Llegamos al Prado, y en entrando saqué el pie del estribo, y puse el talón por defuera, y empecé á pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro, y el sombrero en la mano. Mirábanme todos; cual decia: este yo le he visto á pie; otro: ¿quién vá el buscon. Yo hacia como que no oía nada, y paseábame. Llegaron á un coche de damas los dos, y pidiéronme que picardease un rato; dejéles la parte de las mozas, y tomé el estribo de madre y tia. Eran las vejezuelas alegres, la una de cincuenta y la otra punto menos. Dijelas mil ternezas, y oíanme, que no hay muger por vieja que sea, que

tenga tantos años como presuncion. Prometí-
 las regalos, preguntélas del estado de aque-
 llas señoras, y respondieron que doncellas; y



se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo
 ordinario, que las viesen colocadas como me-
 recian, y agradóles mucho la palabra coloca-

das. Preguntáronme trás esto que en qué me entretenia en la corte. Yo les dije que en huir de un padre y madre, que me querian casar contra mi voluntad con r uger fea, necia y mal nacida, por el mucho dote: yo, señoras, quiero mas una muger limpia en cueros, que una judía poderosa; que por la bondad de Dios, mi mayorazgo vale al pie de cuarenta mil ducados de renta; y si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada. Saltó tan presto la tia, ¡ay señor, y como le quiero bien! no se case sino con su gusto y muger de casta, que le prometo que con no ser yo muy rica, no he querido casar mi sobrina, con salirle ricos casamientos, por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada á nadie en sangre. Eso creo yo muy bien, dije yo. En esto las doncellitas remataron la conversacion con pedir algo de merendar á mis amigos. Mirábase el uno al otro y á los dos tembló la barba. Yo, que ví la ocasion, dije que echaba menos mis pages, por no tener con quien enviar á casa por unas cajas que tenia. Agra-

deciéronmelo, y las supliqué se fuesen á la Casa de Campo al otro dia, y que yo las enviaria algo fiambre. Aceptaron luego; dijéronme su casa, y preguntaron la mia, y con esto se apartó el coche, y yo y mis compañeros comenzamos á caminar á casa. Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronseme; y por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche: hiceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar á buscar á mis criados, y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo, y que asi me diesen licencia. Fuime, quedando concertado de vernos á la tarde del otro dia en la Casa de Campo. Fuí á dar el caballo al alquilador, y desde allí á mi casa, donde hallé á los compañeros jugando quinolillas. Contéles el caso y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda sin falta y gastar doscientos reales en ella. Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche con el cuidado de lo que habia de hacer con el dote; y lo que mas me tenia en duda era el hacer de él una

casa, ó darlo á censo, que no sabia yo qué sería mejor y de mas provecho para mí.



CAPITULO XX.

En que se prosigue el cuento, con otros sucesos y desgracias notables.



MANEJÓ, y despertamos á dar traza en los criados, plata y merienda. Al fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagándoselo al repostero de un señor, me dió plata, y la sirvió él, y tres criados. Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y á la tarde ya yo tenia alquilado un caballico. Tomé el camino á la hora señalada para la Casa de Campo. Llevaba toda la pretina llena de pa-

peles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, asomándose algunos de ellos. Llegué, y estaban allí las dichas, los caballeros y todo. Recibiéronme



ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos, en señal de familiaridad. Habia dicho que me llamaba D. Felipe Tristan, y en todo el dia no habia otra cosa sino D. Felipe acá, y

D. Felipe allá. Yo comencé á decir que me habia visto tan ocupado con negocios de S. M. y cuentas de mi mayorazgo, que habia temido el no poder cumplir, y que asi les apercibia la merienda de repente. En esto llegó el repostero con su jarcia, plata y mozos: los otros y ellas no hacian sino mirarme y callar. Mandéle que fuese al cenador, y que aderezase allí, que entretanto nos íbamos á los estanques. Llegáronse á mí las viejas á hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto, desde que Dios me crió, tan linda cosa como aquella en quien yo tenia asestado mi matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas y zazosita. La otra no era mala; pero tenia mas desenvoltura, y dábame sospechas de hocihada. Fuimos á los estanques, vímoslo todo, y en el discurso conocí que la mi desposada corria peligro en tiempo de Herodes por inocente: no sabia hablar; pero como yo no quiero á las mugeres para consejeras, ni bufonas, sino para acostarme con

ellas ; y si son feas y discretas , es lo mismo que acostarse con Aristóteles ó Séneca ó con un libro , procúro as de buenas partes para el arte de las ofensas : esto me consoló. Llegamos cerca del cenador , y al pasar por una enramada prendióseme en un árbol la guarñicion del cuello y desgarróseme un poco. Llegó la niña , y prendiómela con un alfiler de plata , y dijo la madre que enviase el cuello á su casa al otro dia que allá le aderezaria Doña Ana , que asi se llamaba la niña. Estaba todo cumplidísimo : mucho que merendar , caliente y fiambre ; frutas y dulces. Levantaron los manteles : y estando en esto ví venir un caballero , con dos criados , por la huerta adelante : y cuando menos cato , conozco á mi buen D. Diego Coronel. Acercóse á mí , y como estaba en aquel hábito no hacia sino mirarme. Habló á las mugeres y tratólas de primas , y á todo esto no hacia sino volver á mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero ; y los otros dos que eran sus amigos , estaban en gran conversacion con él. Preguntóles , segun se echó de ver despues , mi nombre , y ellos dijeron : D. Felipe Tristan ,

un caballero muy honrado y rico. Veíale yo santiguarse. Al fin, delante de ellas y de todos se llegó á mí, y dijo: vuestra merced me perdone, que por Dios que le tenia, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es: que no he visto cosa tan parecida á un criado que tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar. Riéronse todos mucho, y yo me esforcé para que no me desmintiese la color, y dijele que tenia deseo de ver aquel hombre porque me habian dicho infinitos que le era parecidísimo. ¡Jesus! decia el D. Diego, ¿cómo parecido? El talle, la habla, los meneos, ¡no he visto tal cosa! Digo, señor, que es admiracion grande, y que no he visto cosa tan parecida. Entonces las viejas, tia y madre, dijeron ¿que cómo era posible que un caballero tan principal se pareciese á un picaron tan bajo como aquel? y porque no se sospechase nada de ella, dijo la una: yo le conozco muy bien al señor D. Felipe, que es el que nos hospedó por orden de mi marido en Ocaña. Yo entendí la letra, y dije que mi voluntad era y seria servir las con mi poca

posibilidad en todas partes. El D. Diego se me ofreció y pidió perdon del agravio que me habia hecho en tenerme por el hijo del barbero; y añadia: no lo creerá vuestra merced, su madre era hechicera, su padre ladrón, su tio verdugo, y él el mas ruin hombre, y el mas mal inclinado que Dios tiene en el mundo. ¿Qué sentiria yo oyendo decir de mí en mi cara tan afrentosas cosas? Estaba, aunque lo disimulaba, como en brasas. Tratamos de venirnos al lugar: yo y los otros dos nos despedimos, y D. Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas ¿que qué era la merienda y el de estar conmigo? La madre y tia dijeron como yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me queria casar con Anica: que se informase, y veria era cosa no solo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje. En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, á San Felipe. Nosotros nos fuimos á casa juntos como la otra noche: pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme: yo entendíles la flor, y sentéme: sacaron naipes, eran hechizos como pasteles: perdí una ma-

no, dí en irme por abajo, y ganéles cosa de trescientos reales, y con tanto me despedí y y vine á mi casa. Topé á mis compañeros, licenciado Brandalagas, y Pero Lopez; los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes, y en viéndome lo dejaron por preguntarme lo que me habia sucedido. No les dije mas de que me habia visto en un grande aprieto. Contéles como me habia topado con D. Diego, y lo que me habia sucedido; consoláronme, aconsejando que disimulase, y no desistiese de la pretension por ningun camino, ni manera. En esto supimos que se jugaba en casa de un vecino boticario, juego de parar: entendíalo yo entonces razonablemente, porque tenia mas flores que un mayo, y barajas hechas lindas. Determinamos de ir á darles un muerto, que así llaman al enterrar una bolsa: envié los amigos delante; entraron en la pieza, y dijeron si gustarian de jugar con un fraile Benito, que acababa de llegar á curarse en casa de unas primas suyas, que venia enfermo y traia mucho del real de á ocho y escudo. Crecióles á todos el ojo y clamaron: venga el fraile en

hora buena. Es hombre muy grave en la orden, replicó Pero Lopez, y como ha salido se quiere entretener, que él mas lo hace por



la conversacion: venga, y sea por lo que fuere. Con recato, dijo Brandalagas. No hay tratar de mas, respondió el huésped. Con esto

ellos quedaron ciertos del caso , y creida la mentira. Vinieron los acólitos : ya yo estaba con un tocador en la cabeza , mi hábito de fraile Benito , que en cierta ocasion vino á mi poder , unos anteojos , y la barba , que por ser atusada no desayudaba : entré muy humilde , sentéme , comenzóse el juego , ellos levantaban bien , é iban tres al mohino ; pero quedaron mohinos los tres , porque yo que sabia mas que ellos les dí tal gatada , que en espacio de tres horas me llevé mas de mil y trescientos reales. Dí barato , y con mi ¡ loado sea nuestro Señor ! me despedí , encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar , que era entretenimiento y no otra cosa. Los otros que habian perdido cuanto tenian , dábanse á mil diablos : despedíme , y salímonos fuera. Venimos á casa á la una y media , y acostámonos despues de haber partido la ganancia. Consoléme con esto algo de lo sucedido , y á la mañana me levanté á buscar mi caballo , y no hallé por alquilar ninguno ; en lo cual conocí que habia otros muchos como yo ; pues andar á pie parecia mal y mas entonces. Fuíme á San Felipe y topéme con

un lacayo de un letrado, que tenia un caballo y le aguardaba, que se habia acabado de apear á oír misa; metíle cuatro reales en la mano, porque mientras su amo estaba en la iglesia, me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora. Consintió, subí en él, y dí dos vueltas calle arriba y calle abajo, sin ver nada, y al dar la tercera, asomóse Doña Ana. Yo que la ví, y no sabia las mañas del caballo, ni era buen ginete, quise hacer galantería: dile dos varazos, tiréle de la rienda; empínase, y tirando dos coces, aprieta á correr, y dá conmigo por las orejas en un charco. Yo, que me ví así, rodeado de niños que se habian llegado, y delante de mi dama, empecé á decir: ¡oh hi de puta no fuérades vos Valenzuela! estas temeridades me han de acabar: habíanme dicho las mañas y quise porfiar con él. Traia el lacayo ya el caballo, que se paró luego: yo torné á subir, y al ruido se habia asomado D. Diego Coronel, que vivia en la misma casa de sus primas. Yo que le ví me demudé. Preguntóme si habia sido algo: dije que no, aunque te-

nia estropeada una pierna. Dábame el lacayo priesa que no saliese su amo y lo viese; que habia de ir á palacio. Yo soy tan desgra-



ciado, que estándome diciendo que nos fuésemos, llega por detrás el letradillo, y conociendo su rocin, arremete al lacayo, y empieza á darle de puñadas, diciendo en altas voces, que qué bellaquería era dar su caba-

llo á nadie; y lo peor fue que volviéndose á mí me dijo, que me apease con Dios, muy enojado. Todo esto pasaba delante de mi dama, y de D. Diego. No se ha visto en tanta vergüenza ningun azotado. Estaba tristísimo y con mucha razon, de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra. Al fin me hube de appear. Subió el letrado, y fuese; y yo por hacer la deshecha, quedé hablando desde la calle con D. Diego, y dije: ¡ en mi vida subí en tan mala bestia! está ahí mi caballo obero en San Felipe, y es muy desbocado en la carrera y troton: dije como yo le córria, y hacia parar: dijeron que allí estaba uno en que no lo haria, y era de este licenciado. Quise probarlo: no se puede creer que duro es de caderas; y con tan mala silla, que fue milagro no matarme. Sí fue, dijo D. Diego; y con todo parece que se siente vuestra merced de esa pierna. Sí siento, dije yo entonces; y me queria ir á tomar mi caballo y á casa. La muchacha quedó en muy gran manera satisfecha y con lástima y sentimiento, como se lo eché de ver, de mi caída: mas el D. Diego cobró mala sospecha de

lo del letrado, y lo que habia pasado en la calle: y fue totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron; la mayor y fundamento de las otras fue, que



cuando llegué á casa, y fui á ver una arca adonde tenia en una maleta todo el dinero que me habia quedado de mi herencia, y de lo ganado al juego, menos cien reales que yo traia conmigo, hallé que el buen licenciado Brandalagas y Pero Lopez habian cargado

con ello y no parecian. Quedé como muerto, sin saber que consejo tomar en mi remedio. Decia entre mí: ; mal haya quien fia en hacienda mal ganada, que se vá como se viene! ; triste de mí! ¿qué haré? No sabia si ir á buscarlos, si dar parte á la justicia. Esto no me parecia bien, porque si los prendian, habian de achacar lo del hábito y otras cosas, y era morir en la horca: ¿pues seguirlos? no sabia por donde. Al fin por no perder tambien el casamiento, que ya yo me consideraba remediado con el dote, determiné de quedarme y apretarlo sumamente. Comí, y á la tarde alquilé mi caballico y fuíme hácia la calle de mi dama; y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba á la esquina antes de entrar, á que pasase algun hombre que lo pareciese, y en pasando partia detrás de él, haciéndolo lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle metíame detrás hasta que volviese otro que lo pareciese, y así daba otra vuelta. Yo no sé si fue la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba D. Diego, ó si fue la sospecha del caballo y lacayo del letrado, ó lo que se fuese, que él se

puso á inquirir quién era y de qué vivia , y me espiaba. En fin , tanto hizo que por el mas extraordinario camino del mundo supo la verdad ; porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles bravamente ; y él , acusado de ellas , que tenian gana de acabarlo , andando en mi busca , topó con el licenciado Flechilla , que fue el que me convidó á comer cuando yo estaba con los caballeros ; y este , enojado de que yo no le habia vuelto á ver , hablando con D. Diego , y sabiendo como yo habia sido su criado , le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó á comer , y que no habia dos dias que me habia topado á caballo , muy bien puesto , y le habia contado como me casaba riquísimamente. No aguardó mas D. Diego , y volviéndose á su casa encontró con los dos caballeros del hábito y la cadena amigos míos , junto á la Puerta del Sol , y contóles lo que pasaba , y díjoles que se aparejasen , y en viéndome á la noche en la calle me magullasen los cascos , y que me conocieran en la capa que él traia que la llevaría yo. Concertáronse , y entrando en la calle topáronme

y disimuláronse de suerte los tres , que jamás pensé que eran tan amigos míos como entonces. Estuvimos en conversacion tratando de lo que seria bien hacer á la noche hasta el Ave María. Entonces despidiéndose los dos, echaron hácia abajo, y yo y D. Diego quedamos solos y echamos á San Felipe. Llegando á la entrada de la calle de la Paz dijo Don Diego : por vida de D. Felipe que troquemos las capas , que me importa pasar por aquí y que no me conozcan : sea en buena hora , dije yo : tomé la suya inocentemente , y dile la mia en mala : ofrecile mi persona para hacerle espaldas ; mas él que tenia trazado deshacerme las mias , dijo que le importaba ir solo , que me fuese. No bien me aparté de él con su capa , cuando ordena el diablo que dos que le aguardaban para cintarearlo por una mugercilla, entendiendø por la capa que yo era D. Diego, levantan y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí : dí voces, y en ellas y la cara conocieron que no era yo : huyeron y quedéme en la calle con los cintarazos ; disimulé tres ó cuatro chichones que tenia y detuvéme un rato , que no osé entrar

en la calle de miedo. En fin, á las doce, que era la hora que solia hablar á mi dama, llegué á la puerta, y emparejando, cierra conmigo uno de los dos que me aguardaban por D. Diego, y con un garrote dáme dos palos en las piernas, y derribame en el suelo, y llega el otro y dame un trasquilon de oreja á



oreja: quítanme la capa y déjanme en el suelo diciendo: así pagan los pícaros embusteros mal nacidos. Comencé á dar gritos y á

pedir confesion , y como no sabia lo que era, sospechaba por las palabras que acaso era el huésped de quien me habia salido con la traza de la Inquisicion , ó el carcelero burlado, ó mis compañeros huidos ; y al fin yo esperaba de tantas partes la cuchillada que no sabia á quien echársela ; pero nunca sospeché en D. Diego , ni en lo que era. Daba voces á los capeadores, y á ellas vino la justicia, levantáronme y viendo mi cara con una zanja de un palmo, y sin capa ni saber lo que era, asiéronme para llevarme á curar. Metiéronme en casa de un barbero , curóme, preguntáronme donde vivia y lleváronme allá ; acostéme y quedé aquella noche confuso y pensativo viendo mi cara partida en dos pedazos, magullado el cuerpo, y tan lisiadas las piernas de los palos que no me podia tener en ellas ni las sentia. Yo quedé herido , robado, y de manera , que ni podia seguir á los amigos , ni tratar del casamiento , ni estar en la corte , ni ir fuera.

CAPITULO XXI.

De mi cura y otros sucesos peregrinos.



E aquí á la mañana que amanece á mi cabecera la huéspeda de casa , vieja de bien , edad de marzo , cincuenta y cinco años , con su rosario grande y su cara hecha en orejon , ó cáscara de nuez , segun estaba arada. Tenia buena fama en el lugar , y echábase á dormir con ella y con cuantos querian : templaba gustos y careaba placeres : llamábase tal de la

Guia : alquilaba su casa, y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente. Era de ver como ensayaba una muchacha en el taparse, enseñándola lo primero cuales cosas habia de descubrir de su cara. A a de buenos dientes, que riese



siempre hasta en los pésames ; á la de buenas manos se las enseñaba á esgrimir ; á la rubia, un bamboleo de cabellos y un asomo de guejeras por el manto y la toca ; á buenos ojos,

lindos bailes con las niñas, y á dormillos, cer-
rándolos, y á elevaciones mirando arriba. Pues
tratada en materia de afeites, cuervos entraban



y les corregia las caras, de manera que al en-
trar en sus casas, de puro blancas no las co-
nocian sus maridos, y en lo que ella era mas

estremada era en remendar virgos y adobar doncellas. En solos ocho dias que yo estuve en casa la ví hacer todo esto, y para remate de lo que era, enseñaba á pelar, y á las mugeres refranes que dijesen. Allí les decia como habian de encajar la joya, las niñas por gracia, las mozas por deuda, y las viejas por respeto y obligacion. Enseñaba pediduras para dinero seco, y pediduras para cadenas y sortijas. Citaba á la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y á la Planosa en Burgos, mugeres de todo embustir. Esto he dicho para que se me tenga lástima de ver á las manos que vine, y se ponderen mejor las razones que me dijo; y empezó por estas palabras, que siempre hablaba por refranes: de dó sacan y no pon, hijo D. Felipe, presto llegan al hondon: de tales polvos tales lodos: de tales bodas tales tortas. Yo no entiendo, ni sé tu manera de vivir: mozo eres, no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que durmiendo caminamos á la huesa. Yo, como monton de tierra, te lo puedo decir. ¿Qué cosa es que me digan á mí que has despendido mucha hacienda sin saber có-

mo, y que te han visto aqui, ya estudiante, ya pícaro, ya caballero, y todo por las compañías? Dime con quien andas, hijo, y dírete quien eres; cada oveja con su pareja: sábetete, hijo, que de la mano á la boca se pierde la sopa. Anda bobillo, que si te inquietan mugeres, bien sabes tú que soy yo fiel perpétuo en esta tierra de esa mercadería, y que me sustento de las posturas; así que enseño como que pongo, y quedámonos con ellas en la casa, y no andarte con un pícaro y otro pícaro trás una alcorzada y otra redomada, que gasta las faldas con quien hace sus mangas. Yo te juro que hubieras ahorrado muchos ducados, si te hubieras encomendado á mí, porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis entenados y difuntos, y así yo haya buen acabamiento, que aun los que me debes de la posada no te los pidiera agora á no haberlos menester para unas candelicas y yerbas (que trataba en botes sin ser boticaria, y si la untaban las manos se untaba y salia de noche por la puerta del humo). Yo que ví que habia acabado la plática y sermon en pedirme, que con ser su tema

acabó en él, y no comenzó como todos lo hacen; no me espanté de la visita, que no me la habia hecho otra vez mientras habia sido su huésped, sino fue un dia que me vino á dar satisfacciones de que habia oido que me habian dicho no sé qué de hechizos, y de que la quisieron prender, y escondió la calle y casa. Vínome á desengañar y á decir que era otra Guia, y no es de espantar que con tales guias vayamos todos descaminados. Yo le conté su dinero, y estándosele dando, la desventura que nunca me olvida, y el diablo que se acuerda de mí, trazó que la vinieron á prender por amancebada, y sabian que estaba el amigo en casa. Entraron en mi aposento, y como me vieron en la cama y ella conmigo, cerraron conmigo y con ella, y diéronme cuatro ó seis empellones muy grandes, y arrastráronme fuera de la cama, y á ella la tenian asida otros dos tratándola de alcahueta y bruja. ¡Quién tal pensára de una muger que hacia la vida referida! A las voces que daba el alguacil, y mis grandes quejas, el amigo, que era un frutero, que estaba en el aposento de adentro, dió á correr: ellos que lo



quinta



vieron y supieron por lo que decia otro huésped de casa, que yo no lo era, arrancaron tras el pícaro, asiéronle y dejáronme repelido y apuñeteado; y con todo mi trabajo me reia de lo que los picarones decian á la vieja, porque uno la miraba y decia: ¡qué bien os estará una mitra, madre, y lo que me holgaré de veros consagrar tres mil nabos á vuestro servicio! otro: ya tienen escogidas plumas los señores alcaldes para que entreis bizarra. Al fin trajeron al picaron y atáronlos á entrambos. Pidiéronme perdon y dejáronme solo, y quedé en algo aliviado de ver á mi buena huéspedea en el estado en que tenia sus negocios; y asi no me quedaba otro cuidado sino el de levantarme á tiempo que la tirase mi naranja; aunque segun las cosas que contaba una criada, que quedó en casa, desconfié de su prision, porque me dijo no sé qué de volar, y otras cosas que no me sonaron bien. Estuve en la casa curándome ocho dias y apenas podia salir. Diéronme doce puntos en la cara y hube de ponerme muletas. Halléme sin dinero, que los cien reales se consumieron en la cama, comida y posada;

y así por no hacer mas gasto , no teniendo dinero , determinéme de salir con dos muletas de la casa y vender mi vestido , cuellos y jubones , que era todo muy bueno. Hícelo , y compré con lo que me dieron un colete de cordoban viejo, un jubonazo de estopa famoso , mi gaban de pobre , remendado y largo, mis polainas y zapatos grandes , la capilla del gaban en la cabeza : un Cristo de bronce traia colgado del cuello, y un rosario. Impúsome en la voz y frases doloridas de pedir un pobre que entendia bien del arte , y así comencé luego á ejercitarlo por las calles. Cosíme sesenta reales que me sobraron en el jubon ; y con esto me metí á pobre , fiado en mi buena prosa. Anduve ocho dias por las calles ahullando en esta forma , con voz dolorida y reclamamientos de plegarias : *dadle , buen cristiano , siervo del Señor , al pobre lisiado y llagado ; que me veo y me deseo*. Esto decia los dias de trabajo ; pero los de fiesta comenzaba con diferente voz , y decia : *fieles cristianos y devotos del Señor , por tan alta princesa como la Reina de los ángeles madre Dios , dadle limosna al pobre tullido y las-*

timado de la mano del Señor; y paraba un poco, que es de grande importancia; y lue-



go añadia: un aire corrupto en hora men-
guada, trabajando en una viña, me trabó
mis miembros, que me vi sano y bueno co-
mo se ven y se vean ¡loado sea Dios! Venian

con esto los ochavos trompicoando, y ganaba mucho dinero, y ganára mas sino se me atravesára un moceton mal encarado, manco de los brazos y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carreton, y cojia mas limosna con pedir mal criado. Decia con voz ronca rematando en chillido: *acordaos, siervos de Jesucristo, del castigo del Señor por mis pecados: dadle al pobre lo que Dios reciba; y añadia: por el buen Jesús,* ¡y ganaba que era un juicio! Yo advertí, y no dije mas Jesus; sino quitábale la s y movia á mas devocion. Al fin yo mudé de frajecicas y cojia maravillosa mosca. Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero, y liadas, y mis dos muletas. Dormia en un portal de un cirujano con un pobre de canton, uno de los mayores bellacos que Dios crió: estaba riquísimo, y era como nuestro rector: ganaba mas que todos: tenia una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecia que tenia hinchada la mano, y manca, y con calentura todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto, y con la potra de fuera,

tan grande como una bola de puente , y decia : ¡ miren la pobreza , y regalo que hace el Señor al cristiano ! Si pasaba muger , decia : *señora hermosa , sea Dios en su ánima ;* y las mas , porque las llamase así , le daban limosna , y pasaban por allí , aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico . ¡ *Ah señor capitán !* decia ; y si otro hombre cualquiera : ¡ *ah señor caballero !* Si iba alguno en coche , luego le llamaba *señoría ;* y si clérigo en mula , *señor arcediano :* en fin él adulaba terriblemente. Tenia modo diferente para pedir los dias de los santos ; y vine á tener tanto amistad con él , que me descubrió un secreto , que en dos dias estuvimos ricos ; y era , que este tal pobre tenia tres muchachos pequeños , que recogian limosna por las calles , y hurtaban lo que podian. Dábanle cuenta á él , y todo lo guardaba : iba á la parte con dos niños de cajeta en las sangrías que hacian de ellas. Yo , con los consejos de tan buen maestro , y con las lecciones que me daba , tomé el mismo arbitrio , y me encaminó á la gentecilla á propósito. Halléme en menos de un mes con mas

de doscientos reales horros, y últimamente me declaró, con intento que nos fuésemo juntos, el mayor secreto, y la mas alta industria que cupo en mendigo, y la hicimos entrambos; y era, que hurtábamos niños cada dia;



entre los dos, cuatro ó cinco: pregonábanlos y saliamos nosotros á preguntar las señas, y deciamos: por cierto, Señor, que lo topé á tal hora, y que sino llego, que lo mata un carro: en casa está. Dábannos el hallazgo, y

venimos á enriquecer de manera , que me hallé yo con cincuenta escudos y ya sano de las piernas , aunque las traia entrapajadas. Determiné de salir de la corte y tomar mi camino para Toledo , donde ni conocia , ni me conocia nadie. Al fin yo me determiné , compré un vestido pardo , cuello y espada , y despedíme de Valcazar , que era el pobre que dije , y busqué por los mesones en que ir á Toledo.



CAPITULO XXII.

En que me hago representante , poeta y galan de monjas , cuyas propiedades se descubren lindamente.



N una posada topé una compañía de far-santes , que iban á Toledo: llevaban tres carros; y quiso Dios que entre los compañeros iba uno que lo habia sido mio de estudio en Alcalá , y habia renegado y metídose al oficio. Díjele lo que me importaba el ir allá , y salir de la corte; y apenas el hombre me conocia con la cuchillada , y no hacia sino santiguarse , *per signum crucis*. Al fin me hizo la amistad , por mi dinero , de

alcanzar de los demas lugar para que yo fuese con ellos. Ibamos barajados hombres y mugeres; y una entre ellas, la bailarina,



que tambien hacia las reinas y papeles graves en la comedia, me pareció estremada sabandija. Acertó á estar su marido á mi lado, y yo sin pensar á quien hablaba, llevado del deseo de amor y gozarla, díjete: ¿esta mu-

ger por qué orden la podríamos hablar para gastar con ella veinte escudos, que me ha parecido hermosa? No me está bien á mí el decirlo que soy su marido, dijo el hombre, ni tratar de eso; pero sin pasion, que no me mueve ninguna, se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo, ni tan juguetoncita; y diciendo esto saltó del carro, y fuese al otro segun pareció, por darme lugar á que la hablase. Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que por estos se puede decir que tienen mugeres como sino las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia. Yo gocé de la ocasion, y preguntóme que adonde iba, y algo de mi hacienda y vida. Al fin dejamos, trás muchas palabras, para Toledo las obras; ibámonos holgando por el camino mucho. Yo, acaso, comencé á representar un pedazo de la comedia de San Alejo que me acordaba de cuando muchacho, y representélo de suerte que les dí codicia; y sabiendo el autor, por lo que yo le dije á mi amigo, que iba en la compañía, mis desgracias y descomodidades, díjome que si queria entrar en la danza con ellos. Enca-

reciéronme tanto la vida de la farándula, y yo, que tenia necesidad de arrimo y me habia parecido bien la moza, concertéme por dos años con el autor; hícele escritura de estar con él y dióme mi racion y representaciones, y en tanto llegamos á Toledo. Diéronme que estudiase tres ó cuatro loas y papeles de barba, que los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en todo, y eché la primera loa en el lugar; era de una nave, de lo que son todas, que venia destrozada y sin provision, y decia lo de: este es el puerto: llamé á la gente senado: pedí perdon de las faltas y silencio, y entréme. Hubo un victor de rezado, y al fin parecí bien en el teatro. Representamos una comedia de un representante nuestro, que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos y sábios, y no de gente tan sumamente lega; y está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedias, ni representante que no haga su farsa de moros y cristianos: que me acuerdo yo antes, que sino eran comedias del buen Lope de Vega, y de Ramon, no habia otra cosa.

Al fin la comedia se hizo el primer dia, y no la entendió nadie: al segundo empezámosla, y quiso Dios que empezaba por una guerra y salia yo armado y con rodela; que si no,



á manos de mal membrillo, tronchos y badeas acabo. No se ha visto tal torbellino; y ello merecía la comedia: porque traia un rey de

Normandía, sin propósito, en hábito de ermitaño, y metia dos lacayos para hacer reir, y al desatar de la maraña no habian mas de casarse todos, y allá vas. Al fin tuvimos nuestro merecido. Tratamos mal al compañero poeta, y yo diciéndole que mirase de la que nos habíamos escapado y escarmentase, díjome que no era suyo nada de la comedia, sino que de un paso de uno, y otro de otro habia hecho la capa de pobre de remiendos, y que el daño no habia estado sino en lo mal zurcido. Confesóme que los farsantes que hacian comedias, á todos les obligaba la restitucion, porque se aprovechaban de cuanto habian representado, y que era muy fácil, y que el interés de sacar trescientos ó cuatrocientos reales les ponía á aquellos riesgos. Lo otro que, como andaban por esos lugares y les leen los unos y otros comedias, tomábanlas para verlas y hurtábanse las, y con añadir una necedad, y quitar una cosa bien dicha, decian que era suya; y declaróme como no habia habido farsantes jamás que supiesen hacer una copla de otra manera. No me pareció mal la traza: yo confieso que me

incliné á ella por hallarme con algun natural á la poesía, y mas que tenia ya conocimiento con algunos poetas, y habia leido á Garcilaso: y asi determiné de dar en el arte: y con esto, y la farsanta y representar pasaba la vida. Pasado un mes que habia que estábamos en Toledo, haciendo muchas comedias buenas, y tambien enmendando el yerro pasado, que con esto ya yo tenia nombre y habia llegado á llamarme Alonsete, porque yo habia dicho llamarme Alonso; y por otro nombre me llamaban el Cruel, por serlo una figura que habia hecho con grande aceptacion de los mosqueteros y chusma vulgar: tenia ya tres pares de vestidos, y autores que me pretendian sonsacar de la compañía. Hablaba ya de entender de la comedia, mormuraba de los cómicos famosos, reprendia los gestos á Pinedo, daba mi voto en el reposo natural de Sanchez, llamaba bonico á Morales, y pedíanme el parecer en el adorno de los teatros, y trazar las apariencias. Si alguno venia á leer una comedia yo era el que la oía. Al fin, animado con este aplauso me desvirgué de poeta en un romancico, y luego hice un entre-

més y no pareció mal. Atrevíme á una comedia; y porque no escapase de ser divina cosa, a hice de nuestra Señora del Rosario. Comenzaba por chirimías, habia sus ánimas de purgatorio y sus demonios, que se usaban entonces con su bu, bu al salir, y ri, ri al entrar. Caíale muy en gracia al lugar el nombre de Satan en las coplas, y el tratar luego de si cayó del cielo, y tal. En fin, mi comedia se hizo y pareció muy bien. No me daba manos á trabajar, porque acudian á mí enamorados, unos por coplas de cejas, y otros de ojos; cual de manos, y cual romancico para cabellos. Para cada cosa tenia su precio, aunque como habia otras tiendas, porque acudiesen á la mia, hacia barato. ¿Pues villancicos?... hervia en sacristanes y demandaderas de monjas; ciegos me sustentaban á pura oracion con ocho reales de cada una; y me acuerdo que hice entonces la del Justo Juez, grave y sonora, que provocaba á gestos. Escribí para un ciego, que las sacó en su nombre, las famosas que empiezan:

Madre del verbo humanal,
 Hija del Padre Divino,
 Dame gracia virginal, etc.



Fuí el primero que introdujo acabar las coplas como los sermones; con aquí gracia y despues gloria, en esta copla de un cautivo de Tetuan.

Pidámosle sin falacia
Al alto rey sin escoria,
Pues vé nuestra pertinacia,
Que nos quiera dar su gracia,
Y despues allá su gloria. Amen.

Estaba viento en popa con estas cosas, rico, próspero y tal, que casi aspiraba ya á ser autor. Tenia mi casa muy bien aderezada, porque habia dado, para tener tapicería barata, en un arbitrio del diablo, y fue de comprar reposteros de tabernas y colgarlos. Costáronme veinte y cinco ó treinta reales; eran mas para ver que cuantos tiene el Rey, pues por estos se veia de puro rotos, y por esotros no se vé nada. Sucedióme un dia la mejor cosa del mundo, que aunque es en mi afrenta la he de contar. Yo me recogia en mi posada, el dia que escribia comedia, al desvan, y allí me estaba, y allí comia: subia una moza con la vianda y dejábamela allí; yo tenia por costumbre escribir representando recio como si lo hiciera en el tablado. Ordena el diablo que á la hora y punto que la moza iba subiendo por la escalera, que era angosta y oscura, con los platos y la olla, yo es-